



## Misa Crismal 2005

Queridos hermanos:

El misterio de la Iglesia como sacramento universal de salvación se nos hace cercano y más perceptible en la riqueza simbólica de esta Misa Crismal, en la cual bendecimos los Óleos de los catecúmenos y de los enfermos y consagramos el Crisma para la unción de los bautizados y de los presbíteros. A través de estos elementos sacramentales, Cristo va a seguir incorporando a su Cuerpo y haciendo partícipes de la vida de su Espíritu a quienes Él mismo ha llamado a la fe y ha elegido para el Orden Sacerdotal. Así se edificará la Iglesia para seguir prolongando en nuestra historia la encarnación salvadora de Jesucristo.

Por elección libre de Jesucristo, expresión de su amor gratuito, nos ha tocado en suerte a los Obispos y presbíteros estar configurados con Él por el Sacramento del Orden para ser nosotros mismos, en nuestra existencia y misión, a modo de sacramentos vivos de su presencia salvadora y para tener la capacidad de representarle en la Iglesia como Cabeza, Maestro, Sacerdote y Pastor, de forma eminente en la celebración de su Misterio Pascual en la Eucaristía.

Con profunda fe y amorosa gratitud vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal. Y a hacerlo más intensamente, en este Año de la Eucaristía, nos ayuda la profunda meditación sobre nuestra configuración eucarística, que Juan Pablo II nos ha ofrecido en la tradicional y siempre entrañable carta que cada año nos dirige a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, esta vez remitida desde el Hospital Gemelli.

El Papa nos invita a meditar las palabras de la institución de la Eucaristía, que pronunciamos cada día in persona Christi. Esas palabras de Jesús expresan la “forma eucarística” que corresponde a nuestra vida y deben ser para nosotros **una fórmula de vida.**

*“Tibi gratias agens, benedixit...”*

En cada Eucaristía actualizamos la acción de gracias de Jesús al Padre al partir el pan de la vida para nosotros. Y esta acción de gracias de Jesús debe plasmar la vida del sacerdote, que ha de ser una **existencia profundamente agradecida**, un permanente canto del Magnificat por las gracias recibidas de Dios.

*“Accípite et manducate... Accípite et bibite..”*

La autodonación de Cristo, por amor fiel a la voluntad del Padre, alcanza su cima en el sacrificio de la cruz, anticipado sacramentalmente en la última Cena. Repetir las



palabras de la consagración obliga a “*sentirse implicados en este movimiento espiritual*” de la donación de Jesús. La vida del sacerdote tiene sentido si aprende en cada Eucaristía a hacerse don, si es una existencia entregada. La obediencia a la que el sacerdote se compromete en la ordenación y las promesas que renueva en la Misa Crismal son una puesta en práctica, en su propia carne, de aquel “tomad y comed” con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

*“Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur”*

El cuerpo y la sangre de Cristo se ha entregado para la salvación del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres; la carne de Cristo se da “*para la vida del mundo*” (Jn 6, 51).

Al proclamar en la Eucaristía este misterio de salvación, hemos de sentirnos nosotros mismos salvados y llamados a progresar en la perfección de la santidad, que es la expresión plena de la salvación. Vivimos una **existencia salvada para salvar**, para ser anunciadores creíbles y ministros de salvación.

*“Hoc fácite in meam commemorationem”*

La Eucaristía es el memorial que actualiza sacramentalmente la muerte y la resurrección del Señor. Jesús nos ha mandado celebrarla no como recuerdo de un simple hecho, sino “en memoria mía”, como memoria de Él.

Repetir en cada Eucaristía las palabras del memorial es una invitación a desarrollar “una espiritualidad de la memoria”, para ser una existencia que recuerda. “En un tiempo en que los rápidos cambios culturales y sociales oscurecen el sentido de la tradición y exponen, especialmente a las nuevas generaciones, el riesgo de perder la relación con las propias raíces, el sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del recuerdo fiel de Cristo... bajo la guía del Espíritu Santo, según la promesa de Jesús: “*El será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho*” (Jn 14,26).

*“Mysterium fidei”*

Con esta exclamación el sacerdote manifiesta, después de la consagración del pan y del vino, el *estupor siempre nuevo* por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar entre sus manos. Sobre el altar está presente “verdadera, *real, sustancialmente*” Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad.

La presencia de esta realidad sagrada hace de nuestra vida una **existencia consagrada**; y esta condición ha de manifestarse en todo nuestro modo de ser y sobre todo en el mismo modo de celebrar y de adorar este sagrado Misterio del que somos custodios. Siguiendo el ejemplo de tantos sacerdotes canonizados que se distinguieron por su prolongada adoración eucarística, hemos de llenar nuestras soledades con esta



Carlos López Hernández

Presencia, para dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

*“Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias”.*

En cada Eucaristía, la memoria del Misterio Pascual de Cristo se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. La Eucaristía nos hace vivir *en espera de su venida*, hace de nuestra vida una existencia orientada a Cristo.

Los sacerdotes vivimos esta orientación a Cristo: *“En la forma propia de la caridad pastoral que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios para orientar su camino y alentar su esperanza”.*

La gente, y particularmente los jóvenes, tienen derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de ver en ellos a Cristo (cf Jn 12,21). “No faltarán vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro misterio. Un sacerdote conquistado por Cristo (cf Flp 3,12), conquista más fácilmente a otros para que decidan a compartir la misma aventura”.

MARÍA es la gran maestra de la contemplación del rostro de Cristo. Ella puede enseñarnos a gustar la grandeza del Misterio Eucarístico, a celebrarlo con fervor y a estar en compañía de su Hijo escondido en el Sacramento.

Hasta aquí el resumen de la meditación papal. Ahora, si me lo permitís, quisiera contemplar el horizonte de esta hermosa meditación con alguna referencia al contexto inmediato posterior a la última Cena, que nos ayudará a comprender mejor el alcance de la entrega de Jesús a la muerte, anticipada en la institución de la Eucaristía, así como la autodonación que los sacerdotes debemos renovar en cada una de nuestras Eucaristías, de manera que éstas sean la fuente de donde procede la virtualidad de nuestro ministerio.

A la entrega eucaristía de Jesús sigue la pasión, la cruz y la muerte reales con todo su cruel dramatismo; no son palabras hermosas de un mero rito festivo las que pronunció Jesús: *“Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Esta es mi sangre de la nueva alianza derramada para el perdón de los pecados”.*

Se trata de un sacrificio real de la propia vida, cuya aceptación después de la Cena hubo de renovarse en una oración acompañada de sudor de sangre, que es ya anticipo de la sangre a derramar en la pasión, y que pone a prueba la confianza absoluta de Jesús en el Padre en el desgarramiento interior que produce el pavor ante la muerte, que hay que asumir en obediencia a la voluntad del Padre por Amor.

El efecto pacificador y fortalecedor de esta oración tan auténtica se manifiesta en la soberanía manifestada por Jesús en la pasión y en la confiada entrega de su espíritu al



Padre, después de haber cumplido fielmente todo lo que de él está anunciado en las Escrituras.

Y en esta hora del poder de las tinieblas, del abandono de los suyos, del escarnio de los adversarios, de la aniquilación personal y del fracaso de su misión a los ojos de todos los hombres, pero no ante la mirada del Padre, se estaba realizando la redención de forma más efectiva que cuando multiplicó el pan y los saciados quisieron proclamarlo rey.

En esta hora de la fidelidad absoluta del amor, en pura gratuidad y sin fruto de reconocimiento por nadie; en esta hora en la que sólo el Padre acepta la confesión de su condición de Rey y de Hijo de Dios, que le valió la condena; en esta hora era glorificado el Hijo del hombre... pero el reconocimiento vendría después de la muerte. La prueba de la pasión tuvo que ser superada con la fortaleza de la esperanza cierta en la resurrección.

El discípulo no es más que el maestro y está llamado a correr su misma suerte. De ahí la exhortación apostólica de Pedro a todos los cristianos a alegrarse cuando comparten los padecimientos de Cristo. Pero de forma especial los sacerdotes somos representación sacramental del Señor en todo nuestro ministerio y en manera eminente en la **participación sacramental y real** en su Misterio Pascual de muerte y resurrección.

Nuestras celebraciones de la Eucaristía, en lo que a nosotros se refiere, no pueden ser sólo bellas declaraciones dentro de un marco festivo y estético en el que nos sintamos a gusto. Sin drama de cruz no hay gozo de resurrección. Sin vaciamiento interior de nuestra voluntad con dolor para asumir la de Dios no hay participación en la Eucaristía de Cristo, no hay gracia de santificación y no hay paz, ni libertad del amor, ni gozo en el ministerio.

Son numerosos los motivos de sufrimiento en el ejercicio actual de nuestro ministerio, que adquiere de forma creciente rasgos de pasión y cruz y está llamado a ser martirial y pascual. Esta es la forma en que el Señor nos pide participar en su misión para no caer en la tentación de la desesperanza y el desaliento, para evitar el temor al rechazo del Evangelio que anunciamos, celebramos y vivimos, para ganar cada día la libertad del amor de Cristo y hacerla realidad en el ejercicio de la caridad pastoral, de manera que sigamos mirando al mundo actual y a los hombres de nuestra cultura con los ojos de amor del Padre y de su Hijo Jesús.

Tanto amó Dios al mundo, a su creación y a sus hijos los hombres, que les entregó a su Hijo y nos sigue entregando a nosotros como continuadores del ministerio de Jesús para la vida del mundo. Para esto nos ha elegido sacerdotes de su Hijo, el cual, a través de nuestro ministerio, ha de ser reconocido como buen pastor que ha venido a servir y dar la vida por sus ovejas. Por ello, os invito a confesar cada uno: **Tanto amó Dios al mundo que me ha entregado a mí, como sacerdote de su Hijo, para que el mundo participe de la vida de Cristo.**



Carlos López Hernández

Pero, ¿qué ocurre si nuestro ministerio no es acogido y no vemos fruto en nuestra misión? Primero habremos de procurar que la falta de acogida no sea debida a nuestro defectuoso ejercicio ministerial y, a la vez, aceptar con humildad serena que el tesoro de nuestro ministerio lo llevamos en frágiles vasijas de barro y que la fuerza de Dios se realiza en el debilidad.

Más ahora quisiera asistir, a la luz de lo antes meditado, en que **el fruto principal de nuestra misión es la fidelidad misma a la vocación** de ser representación sacramental de Cristo, que se manifiesta en la perfección de la santidad de vida por la identificación de nuestra voluntad con la del Padre y en la capacidad de amar y entregar la vida como Jesús. De esta manera nuestra existencia sacerdotal siempre es fecunda, pero esa fecundidad se manifestará cuando en el designio de Dios llegue el momento de la sazón del grano de trigo que es enterrado en tierra y muere.

La preocupación por el fruto inmediato, visible y evaluable de nuestro trabajo, puede ser una peligrosa búsqueda de nosotros mismos y una falta de confianza en el Señor. **El fruto, por ser obra de la gracia del Espíritu Santo, siempre ha de ser objeto de esperanza y, por tanto, siempre ha de ser algo que está por manifestarse.**

Hay que perder la vida para ganarla, según la sabiduría de la cruz y **hay que renunciar al deseo de ver el fruto para que nuestra existencia ministerial sea fecunda.** Esta pérdida de nosotros mismos se convertirá en fuente inagotable de paz gozosa y de esperanza activa, de anhelo y capacidad evangelizadores, de libertad creadora de nuevas formas de testimonio del amor de Dios a los hombres de nuestro tiempo y de disponibilidad plena para el servicio del Evangelio en cualquiera nueva forma que nuestra Iglesia reconozca como voluntad del Señor, bajo la guía de su Espíritu, que nos llevará al descubrimiento de la verdad completa. Esta es nuestra esperanza que nunca se verá defraudada.

Catedral Vieja, 23 de marzo de 2005